Los sueños de Pancho

Teresa Gómez Cervantes

♦♦♦

Pancho aún se encontraba encandilado con su esposa. Eran los primeros meses de matrimonio y Conchita, su Conchita del alma, era joven y bonita, siempre estaba dispuesta a sus reclamos, le atendía todos sus gustos. Pero de unos días para acá la empezó a notar rara, como si estuviera triste, sin ánimos de reír, unas sombras oscuras le rodeaban los ojos y sus mejillas estaban pálidas. Además, se mostraba renuente.

—Ándale mi alma, acércate tantito, nomás un ratito, a luego nos dormimos...

—No, Pancho, estoy muy cansada, de veras, mejor mañana.

—Oye, ¿no será que estás de encargo?

—No lo creo, ya me hubiera dado cuenta. Déjame dormir, mañana vamos a ver a doña Lencha o al doctor, ándale, ¿sí?

Le dio un leve beso y se acomodó en la almohada, de espaldas a su marido. Pancho estaba preocupado, tal vez por ser tan joven ya se había aburrido, seguramente era culpa suya, era tan pobre, no podía llevarla al pueblo cada semana, ni comprarle estrenos y chucherías. Sí, no quedaba más remedio, tendría que buscar el modo de ganar otros cuantos pesos, pero ¿cómo?, ¿qué tal si ya venía un chilpayate en camino? Se le espantó el sueño piense y piense. Se adelantó a los hechos. Ya se imaginaba al crío, fuerte y sano; en cuanto pudiera lo llevaría en el caballo, lo enseñaría a tocar la guitarra, a trabajar, tenía que hacer de él todo un hombrecito. ¡Híjole, y si fuera vieja! Ahí sí ya cambia la cosa; nunca sería lo mismo, en fin, lo que Dios mande.

Estaba cerrando los ojos, afuera se oían los perros, allá a lo lejos cantaba una lechuza, quién sabe por qué se estremeció. Un mal presentimiento le pasó por la cabeza.

—Ave María —dijo y se santiguó.

Quedito, muy despacio, Conchita se fue recorriendo hasta llegar a la orilla de la cama. Entre las sombras Pancho alcanzó a distinguir el camisón blanco de su esposa; pensó hablarle, pero se acordó del desaire que ya antes le había hecho, se quedó quieto y fingió dormir.

—Sssshhhhss, sssshhhhsss, sssshhhhssss —se oyó bien claro el canto de la lechuza.

Conchita trasteó a oscuras, después encendió una vela negra, la colocó en el centro de la pieza sobre una vasija de barro llena de sal; tomó luego la artesa de madera donde lavaba la ropa, la llenó de agua y con

un manojo de hierbas secas hizo extraños pases. Movía los labios como rezando muy bajito, acercó la escoba. Pancho casi suelta el grito o una carcajada al ver que Conchita se montaba en ella, pero pudo más la curiosidad y siguió observando; ella tomó un lado de la artesa, la inclinó repetidas veces, hacia al norte y hacia el sur. Pancho se esforzó por escuchar lo que decía.

—En nombre del amo y señor del mal, por los huesos del panteón, con la sangre derramada y la ceniza del comal, salgo en escoba a volar, sin Dios y sin Santa María, que no me sorprenda el día... Y se elevó, desapareciendo quién sabe por dónde, ni siquiera abrió la puerta.

Pancho creyó que se estaba volviendo loco o que era un mal sueño. Todo quedó en silencio, la vela se apagó. Empezó a recorrerle un escalofrío, el sudor le empapaba la espalda; quizá era rabia o tal vez miedo. Conchita, su Concha del alma era una... una de esas ¡%$#*&%#! brujas.

—Con una tiznada, ¡quién iba a pensarlo!

Pasó un rato que a Pancho le pareció eterno. Ya iba a levantarse buscando su pistola. Siempre la tenía preparada en la petaquilla. Uno nunca sabe si por ahí le llega un desalmado a media noche o algún perro con rabia; estiró la mano hacia la petaquilla cuando las vigas del techo crujieron de tal modo y tan fuerte que se quedó paralizado, quiso escuchar con atención, la sangre se le agolpaba en los oídos, unas mujeres reían alegremente; imposible, esto era locura y nada más.

Conchita, acompañada de una ráfaga de viento, apareció en el cuarto, encendió de nuevo la vela, escondió la escoba, se limpió el cuerpo con las ramas, se lavó la cara en la artesa y recogió todo con mucho cuidado.

Pancho sintió ganas de vomitar, le dolía el estómago de estar callándose, quería gritarle que ya sabía todo, pegarle un tiro. ¡Maldita bruja!, pero se acobardó, se le llenaron los ojos de agua y decidió esperar hasta otro día; ya faltaba poco para amanecer.

Apenas cantaron los primeros gallos, Concha juguetona y coqueta, abrazó a su marido.

—Ora sí viejo, ya descansé; a ver, ¿quién es su consentida?

Pancho abrió de mala gana los ojos, sintió que le hervía el pecho, como un río crecido rugió la furia. Ahora sí ya podrían hablar...

Ella lo miró derechito a los ojos, con una mirada limpiecita, así como el agua zarca de las montañas; le acercó poco a poquito sus labios tibios y sensuales, robándole toda, todita la voluntad. Él hizo un gesto inútil, quiso apartarla, pero no pudo más y empezó a olvidar lo que había visto o quizá sólo fue una pesadilla, un sueño ridículo nada más.♦

